

II

ALMAS CÁNDIDAS

Sonriente, casi sarcástico, entró Claudio en el comedor, donde se hallaba reunida «la compañía», como en su jerga la llamaba Francisca, de la que formaban parte en primer término Renato, el héroe de aquella famosa aventura, Emilia y su marido y la familia Offarel, cuyo jefe era subdirector en una oficina del Ministerio de la Guerra. En aquel momento sólo estaban allí la señora y sus hijas Angélica y Rosalía. Las seis personas se encontraban sentadas alrededor de una mesa de nogal y en sillas de la misma madera, forradas de crin negra y reluciente por el uso, mobiliario adquirido en Vouziers y conservado cuidadosamente. Una estufa portátil encajada en la chimenea revelaba la economía de la dueña de la casa (que únicamente consentía leña en el cuarto de su hermano) y daba á la atmósfera gran pesadez. Una lámpara de porcelana reflejaba su luz sobre aquellas cabezas, que se volvieron hacia Claudio, y moría en las flores amarillas del papel que cubría la pared; algunos platos antiguos se

veían colgados acá y allá. Como en los círculos pequeños se disimulan menos las simpatías ó antipatías, en razón á que la mentira de las cortesías no ha gastado tanto al animal humano, Emilia alargó la mano al escritor, gesto raro en ella, recibiendo con alegre mirada y franca sonrisa al amigo cariñoso de su hermano.

—¿No es verdad que le sienta bien el traje?

Tales fueron las primeras palabras que dirigió al recién llegado, aun antes de que éste hubiese dado fin á los saludos de costumbre. Realmente, Renato estaba hecho todo un buen mozo. A pesar de sus veinticinco años, su frente no tenía arrugas, sus mejillas reboaban frescura y sus ojos y su boca claramente mostraban un alma virgen y un temperamento íntegramente respetado, que es un tipo poco frecuente entre los jóvenes de París. El autor de *Sigisbeo* ofrecía gran parecido con Alfredo de Musset adolescente, según el medallón que le hizo el escultor David (y que se conoce poco), aunque el espeso cabello de Renato, su barba rubia y ya abundante, sus anchas espaldas le daban un aire de salud y robustez que modificaban el aspecto delicado y algo femenino del autor de las *Noches*. Sobre todo, sus ojos azules, ordinariamente oscuros, demostraban en aquellos momentos

una dicha inmensa que justificaba la admiración de su hermana ante aquella gracia natural que en nada disminuía el frac, á que no estaba acostumbrado. La tierna previsión de Emilia llegó hasta comprar á Renato, de sus economías, los botones de oro de la pechera y puños, cuya adquisición consultó misteriosamente con Claudio. Ella hizo el nudo de la corbata, inspeccionando los detalles todos del traje mundano con igual interés que catorce años antes había puesto en el que su hermano vistió para la primera comunión.

—Claudio, perdone usted á Emilia sus arranques—dijo Renato enseñando sus dientes admirables por la forma y blancura;—yo soy el único objeto de coquetería para ella.

—Nos está usted pervirtiendo siempre á Renato—manifestó á su vez Fresneau, estrechando la mano de Larcher.

El profesor empezaba á tener canas; era corpulento y poco airoso, estaba mal peinado y sin afeitar. En aquel momento se ocupaba de enmendar los cuadernos de sus discípulos para el día siguiente.

—Hombre feliz—añadió,—usted no sabe lo que es esto de las correcciones. ¿Quiere usted una copita para calentarse?

Y le ofrecía de la botella de aguardiente que se dejaba sobre la mesa después de to-

mar el café, en aquella pieza que servía de salón ordinariamente, pues se reservaba para las grandes ocasiones el de la casa.

—¿Un cigarrillo?

Claudio hizo un ademán para decir que no, inclinando su cabeza al mismo tiempo á aquellas otras tres señoras, que no le tendieron su mano. Todas se hallaban entretenidas: la madre, haciendo medias de lana azul y rascándose la frente de cuando en cuando con la aguja; las niñas, en bordados sobre tela verde. La madre lanzó á través de sus anteojos, que se sostenían apenas sobre la pequeña nariz, una mirada de odio al escritor; su pelo enteramente blanco, su cara llena de arrugas y cuadrada, le daban un aspecto desagradable. Angélica se sonrió cuando Claudio, al sentarse entre Emilia y Renato, había dicho: «Me coloco aquí», con un cierto defecto de pronunciación habitual en él, que no se escapaba nunca á la señorita. Pertenece á la gran especie de las burlonas tímidas, tan dispuestas á ruborizarse como á reirse, con sus ojos negros, vivos y taimados. Negros eran también los de Rosalía, aunque de dulce é indecisa expresión; los bajó á la entrada de Larcher, hasta que algunos minutos después se alzaron sus párpados y, mirando hacia Renato, comenzó á temblar entre sus dedos la

aguja con que ejecutaba su bordado, y luego vuelta á bajar la cabeza, brillando á la luz de la lámpara los cabellos de color castaño. A Claudio, que conocía de antiguo las costumbres y caracteres de la familia Offarel, no pasaron inadvertidas ninguna de las circunstancias. Debieron llegar á las siete, después de comer en su casa, calle de Bagneux, muy cerca. Offarel las había acompañado, yéndose luego al café Tabourey, esquina al Odeón, donde leería concienzudamente todos los periódicos. También tenía adivinado Larcher el proyecto de casar á Rosalía con Renato, alimentado por la madre, y hasta sospechaba que el muchacho hubiese hecho concebir esperanzas y que la chica estuviese más enamorada de lo conveniente; sabía, por último, que Rosalía le quería á él bien por amor á Renato, y que le temía en razón de esas nuevas corrientes á que le arrastraba. Para la pobre niña, víctima de los celos propios de la que ama, y aun para todas las personas de aquel círculo, la casa de la Condesa de Komof revestía las apariencias de una expedición á país fantástico y desconocido, con sus ilusiones y temores locos. Emilia, llena siempre de ensueños ambiciosos hacia su hermano, ya le veía leyendo versos al lado de una chimenea y adorado por una «princesa

rusa», que era el *desiderátum*. La alegría que Renato expresaba hacia horrible daño á su futura, que no iba con él á la fiesta; y futura puede decirse, porque el poeta había prometido en una noche de primavera del año anterior... ¡Qué comparaciones tan odiosas iban á establecerse con los vestidos de confección casera que desfiguraban sus formas, el calzado comprado hecho y siempre excesivamente grande, su cuello y puños tan modestos y sencillos! Por eso temblaba ante la idea de un vago desengaño, mientras el profesor insistía en que Claudio aceptara la copita de aguardiente y el cigarrillo de tabaco maryland.

—Es exquisito este aguardiente de cidra; me lo ha enviado de Normandía un discípulo mio... ¿De veras no toma usted? Antes le gustaba á usted mucho... ¿Se acuerda usted cuando dábamos lecciones en casa de Venaboste? Ciento cincuenta pesetas al mes, y, sin embargo, ¡qué alegres vivíamos entonces! En el cuarto de hora que teníamos de descanso entre clase y clase, íbamos á la calle de San Jacobo, y en aquella salita del café, que me parece estar viendo, nos servían aguardiente para fortalecer la arteria, como usted decía.

—Yo tenía doce años menos y sin reuma—
repuso Claudio, sonriendo con el recuerdo.

—No debe ser muy sano eso de salir casi

todas las noches, ni las comilonas con vinos fuertes y los platos cargados de especias—murmuró la señora Offarel con acritud.

—Pues nosotros, que hemos tenido el gusto de que Larcher nos acompañe á la mesa, le hemos encontrado siempre muy sobrio—replicó Emilia prontamente,—y en cuanto á lo de trasnochar, bien puede permitirse al que dispone de la mañana para levantarse tarde. Renato nos ha contado que vive usted muy agradablemente y muy tranquilo—añadió dirigiéndose á Claudio.

—Tranquilo, sí. He logrado un cuartito en un hotel antiguo de la calle de Varenne, y por ahora resulta que soy el único inquilino. Cuando echo las persianas me parece que es de noche, y no oigo más ruido que el de las campanas de un convento que está cerca y el runrún de las calles de París muy lejos, muy lejos.

La señora de Offarel, á quien la dulzura de Larcher exasperaba, saltó con esto:

—He oído decir toda mi vida que una hora de sueño antes de la media noche vale más que dos pasado ese momento.

Lo aborrecía más por natural antipatía que por la influencia que pudiera ejercer sobre Renato. Sentíase estudiada por aquel personaje de mirada profunda, maneras distin-

guidas y sonrisas para ella inexplicables, y por esto sus ataques bruscos.

—Renato no disfrutará aquí tanto sosiego. ¿A qué hora acabará esa reunión de la Condesa?

Claudio, que se reía mucho de aquellos odios mal disimulados, contestó:

—No sé. El *Sigisbeo* se representará á las diez y media... Se cenará cerca de la una...

—Y Renato se acostará á las dos. Como Fresneau se levanta á las siete, y Francisca anda desde las seis en pie...

Tal fué el argumento de aquella señora tan agresiva.

—Por una sola vez...—exclamó con impaciencia Emilia, cortando así la algarada que presentía.

Variando de conversación, añadió:

—No nos ha contado usted si *Cendrillon* volvió definitivamente. ¿Quién era *Cendrillon*? Pues una gata gris, regalada por la señora Offarel á su joven amigo Jacobo Passart, profesor de dibujo, muy unido con el subdirector por sus comunes aficiones á la acuarela. En el piso bajo de la calle de Bagnoux, que tenía su poquito de jardín, se consagraban dos vicios: el marido pintaba hasta en la oficina; la dueña de la casa adoraba la raza felina hasta el punto de haber reunido

BIBLIOTECA
"ALEXANDRE MILLER"
No. 123 MONTEBELLEVUE

cinco pensionistas. Passart amaba sin esperanza á Rosalía, y eran tales los elogios que prodigaba á *Cendrette* ó *Cendrinette*, que la señora se creyó obligada á hacerle donativo de la gata. Después de tres meses de residencia en el quinto piso que ocupaba Passart en la calle de Cherche-Midi, había dado su contingente á la naturaleza: de los tres hijos se le arrebataron dos, y ella se escapó con el restante. Calló Passart; pero la señora de Offarel oyó un día arañar la puerta; contó en su cama, en el sofá y en la chimenea los tres gatos de la colección, y, extrañando el ruido, se encontró de nuevo acariciada por *Cendrillon*. Sin embargo, *Cendrillon* desapareció á la mañana siguiente.

Passart confesó su descuido, y la señora de Offarel participó á Emilia el gran suceso. Si nada había dicho aquella noche, era por la extraordinaria importancia que atribuía á la entrada de Renato en la «alta sociedad».

—¿Se acuerda siquiera Renato de *Cendrillon*? Ha venido con su hijito esta misma mañana, y lo ha depositado á mis plantas. ¡Cuánto más fieles son las bestias que las gentes! Por eso vale más poner en ellas el cariño.

Todo esto con mezcla de entusiasmo por la gata y el gesto avinagrado de costumbre.

—¡Qué admirable ejemplo de instinto!— exclamó Fresneau, que comenzaba de nuevo sus trabajos.—Lo citaré en mi clase.

Aquel pobre hombre enseñaba á la vez filosofía en una escuela preparatoria, latín en otra, historia y hasta el inglés, que apenas si sabía pronunciar. Y era tan sagaz observador cuando se trataba de Emilia, que apercibido de sus recelos por la hostilidad de la señora Offarel, refería anécdota sobre anécdota, sin que aparentase más cuidado que el de sus cuadernos. Por fortuna, esta ingrata tarea cesó bien pronto, porque llamaron á la puerta de la calle.

—Las diez menos cuarto—dijo Rosalía;— es papá.

También ella había conocido la actitud de su madre con Claudio y Renato, y acogía con gusto la llegada de su padre aquella noche, cuando tanto le contrariaba siempre dejar la casa de Fresneau. Así es que en el acto se puso de pie para cortar aquella escena, que á su amado debía parecer irritante y mezquina.

Offarel era un hombre alto y seco; su tipo, el tipo del inmortal Don Quijote, con su boca sumida, nariz de pico, pómulos hundidos, y sobre todo una frente de esas tiradas hacia atrás, en que las manías y desatinos dejan

huella profunda. Offarel, además de su vicio de acuarelista, tenía el mal gusto de hablar constantemente y en todas partes de sus dolencias imaginarias.

—Hace mucho frío esta noche—fueron sus primeras palabras.—Adelaida, ¿hay en casa tintura de yodo? Me parece que no escapo mañana al reuma.

—El coche que ha traído usted ¿tiene calorífero?—preguntó Emilia á Claudio, ante la indicación de Offarel.

—Sí, señora, y preciso es tomarlo en seguida si no hemos de llegar tarde.

Claudio empezó sus despedidas; Renato desapareció sin apretar la mano de nadie; Rosalía, creyendo que fuera por su abrigo, no se movía, con tanto más motivo cuanto que en toda la noche se encontraron sus ojos con los del poeta; Fresneau brindaba á Offarel con su famoso aguardiente; tal era la situación.

—Una gota solamente—dijo el empleado.

—Siquiera, usted no desprecia mi aguardiente, como Larcher.

—Porque usted no sabe la bebida que á Larcher le gusta—contestó Offarel, bajando la voz y mirando al corredor con recelo.—Precisamente acabo de leer un artículo en que se trata de él.

—¡Cuéntanos eso!—exclamó la señora con

la sencilla alegría de sus malos sentimientos, dejando sobre sus rodillas la labor por primera vez en toda la noche.

—Parece que en los salones que frecuenta Larcher, en vez de tazas de té le sirven vasos de sangre.

—¿Vasos de sangre?—preguntó admirado Fresneau.—¿Y con qué objeto?

—Será para sostenerlo. ¿No se han fijado ustedes en la cara? Buena vida debe de llevar.—Esto exclamó la señora con su viveza natural.

—Dicen además que le rodea una corte de adoratrices, y que ha encontrado el medio seguro de obtener éxito grande en lo que escribe, llevando las pruebas por docenas á las señoras que conoce. Ellas, con la pretensión de ser autoras en alguna parte, cambian tal ó cual palabra, y... «querido Larcher por allí, querido Larcher por allá...»

El tono de Offarel era el de los envidiosos que acogen las más groseras calumnias pro-paladas contra los hombres de mérito.

—Nada me extraña—exclamó la señora;—tiene todo el aire de un solemne intrigante.

—Lo que es intrigante—repuso Fresneau,—eso no; por el contrario, debo declarar que es un muchacho excelente, por más que su género de literatura no me agrada. Se enamora

de lo peor, le engañan y le comen. Ahora mismo nos cuenta Renato que Claudio se halla entre las manos de esa Colette Rigaud, que hace el *Sigisbeo*, y le dejará sin un céntimo.

—¡A callar!—dijo Emilia, que llegaba á punto, y tapó la boca á su marido.—Claudio es amigo nuestro, y no quiero que se murmure de él. Renato me encarga salude á ustedes todos. Vieron que el tiempo corría, y han escapado. ¿Y la acuarela que ha de representar la última escena del *Sigisbeo*, señor Offarel?

—Ahora tengo mucho trabajo, y la noche se echa pronto encima; pero se hará. ¿Qué te sucede, Rosalía?—preguntó el padre á su hija.

La pobre joven se sentía morir; pudo, sin embargo, contener los sollozos y achacar al calor de la estufa su indisposición. Renato se había ido sin dirigirle una sola palabra, sin mirarla siquiera. La madre, en cambio, dirigió una á Emilia tan llena de reproches, que la hizo bajar los ojos. Emilia, que amaba á Rosalía, no la creía bastante para el poeta. Al despedirse, la besó más cariñosamente que de costumbre. Había en esta delicada demostración pena hacia Rosalía, y una cierta idea de placer pensando en la indiferencia de Renato.

Se fueron las visitas, y ya sin cortapisa

pudo encargar á Francisca que cuidara de no hacer ruido por la mañana. Contestó la sirviente que «bueno», y Emilia repitió á su marido la indicación; hasta Constancio fué amonestado por su madre para que al irse al colegio procurase que no le sintieran.

Una sonrisa de orgullo iluminó su semblante cuando dijo:

—¡Qué triunfo para Renato, á menos que esas gentes sean bien descontentadizas! Pero no; Larcher asegura que no podrían, aunque quisieran, pues los versos de mi hermano son casi tan hermosos como él.

—¿Sabes, Emilia, que sería conveniente que esas señoronas no le mimen tanto como tú?—dijo el marido.—Pero no hay que temer: ¡es tan sencillo aun en medio de sus éxitos!

Emilia pagó esta frase delicada con un beso.